

28ª SESIÓN ORDINARIA DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1901

PRESIDENCIA DEL SEÑOR MARIANO DE VEDIA

SUMARIO:—La honorable cámara resuelve ponerse de pie en señal de duelo por el fallecimiento del exdiputado doctor Miguel Morel y tributarle las honras fúnebres del caso.—Asuntos entrados.—Integración de la comisión de legislación.—Continúa la consideración del dictamen de la comisión de guerra en los proyectos de ley sobre organización del ejército.

DIPUTADOS PRESENTES

Alfonso, Argañaraz, Argerich, Astrada, Avellaneda (M. M.), Balaguer, Balestra, Barraquero, Barroetaveña, Belderrain, Benedit, Bertrés, Berrondo, Billordo, Bolli- ni, Bouquet Rollán, Cantón, Capdevila, Carlés, Carras- co, Carreras, Carreño, Castellanos (J.), Centeno, Cla- ros, Coronado, Cullen, Dantas, Demaría, Echegaray, Ezquer, Falcón, Ferrari, Fonrouge, Gálvez, García, Garzón, Godoy (E.), Godoy (M. E.), Gómez (C. F.), Gó- mez (M.), Gouchon, Helguera, Hernández, Iriondo (M.), Iriondo (U.), Lacasa, Lacavera, Laferrère, Lagos, Lar- tigueau, Lassaga, Leguizamón, Leiva, Loureyro, Lovey- ra, Machado, Martínez, Moreno, Olivera, Olmos, Outes, Palacio, Panelo, Parera (F. M.), Peña, Quintana, Rey- na, Robert, Roberts, Romero, Rosas, Ruiz, Salas, Sán- chez, Santa Coloma, Santamarina, Seguí, Serna, Silva, Soldati, Tissera, Torino, Torres, Ugarriza, Ugarte, Videla, Videla, Vivanco (P.), Vivanco (R.), Yofre, Za- valla.

AUSENTES CON LICENCIA

Bermejo, Ferreyra, Luro, Usandivaras, Varela Ortiz.

CON AVISO

Barraza, Bores, Bruchmann, Calderón, Casares, Sar- miento, Villanueva.

SIN AVISO

Avellaneda (F. F.), Carbó, Castellanos (A.), Gigena, Parera (R.), Pérez, Rivas.

—En Buenos Aires, á 11 de septiem- bre de 1901, reunidos en su sala de se- siones los señores diputados arriba anotados, y hallándose presente el se-

ñor ministro de la guerra, coronel Pa- blo Ricchieriel señor presidente decla- ra abierta la sesión, siendo las 3 y 50 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba la de la sesión anterior.

HOMENAJE AL DOCTOR MIGUEL G. MOREL

Sr. Presidente—Tengo el pesar de comunicar á la honorable cámara el fallecimiento ocurrido en el día de ayer, del señor diputado por la capital, doc- tor Miguel G. Morel, cuya eficaz cola- boración en la legislación de la Repú- blica se inspiró siempre en un cons- tante anhelo del bien público, sin que antepusiera á los dictados del patriotismo en caso alguno, las exigencias tan du- ras, á veces, de la acción partidista.

En señal de duelo por la pérdida de tan noble compañero, invito á la cáma- ra á ponerse de pie.

—La cámara se pone de pie.

Sr. Gouchon—Pido la palabra.

Hago indicación para que se autorice á la presidencia á tributar al doctor Morel las honras fúnebres del caso.

—Apoyado.

ORDEN DEL DÍA

ORGANIZACIÓN DEL EJÉRCITO

Sr. Presidente—Continúa la discusión del proyecto sobre organización militar.

Sr. Ministro de la guerra—Pido la palabra.

Señor presidente: en el mensaje con el cual el poder ejecutivo acompañó el proyecto de ley sobre organización del ejército de la nación, se daban con toda amplitud los fundamentos que él había tenido para someterlo a la decisión del poder legislativo. A pesar de ello, el poder ejecutivo, por intermedio del ministro de la guerra, manifestó que estaba dispuesto a terciar en el debate en el momento que fuese necesario. Como tuve el honor de decirlo en una de las últimas sesiones, el poder ejecutivo no rehuye el debate, y no lo rehuye porque tiene el pleno convencimiento de que su proyecto prestará grandes servicios al país, en el sentido de organizar definitivamente su ejército.

Pero en la sesión de ayer recibí una gentil invitación, del señor diputado por Tucumán, y, señor presidente, yo no puedo menos que acceder á una insinuación hecha en forma tan galante, y aquí me presento, á las órdenes de la honorable cámara.

En las sesiones anteriores, señor presidente, la honorable cámara ha escuchado con marcada atención los elocuentes discursos de los señores miembros de la minoría de la comisión, los señores diputados por Buenos Aires y por Entre Ríos, y el hermoso discurso pronunciado por el señor diputado por Córdoba, en defensa del proyecto del poder ejecutivo.

Las razones que han sido aducidas por los oradores que me han precedido, en pró de ese proyecto, han sido tan eficientes, que tengo el pleno convencimiento de que han de haber llevado al ánimo de los señores diputados la convicción de que el proyecto que les está sometido llena ventajosamente todas las necesidades del país en el orden militar; pero, como he dicho, tercio en el debate, y, al hacerlo, no tengo para que adelantar á la honorable cámara que vengo con mi espíritu completamente sereno.

Yo, señor presidente, he tenido la fortuna de no recibir hasta ahora roce de ninguna especie, de no haberme mezclado en cuestiones políticas, en el país;

de haberme preocupado, desde el momento en que vestí el uniforme, pura y únicamente de cuestiones relacionadas con mi profesión y con el ejército; y, puede tener la honorable cámara la convicción de que no me anima en todo lo que yo pueda decir, sino un solo propósito; el de defender la institución armada de nuestro país, porque tengo la convicción de que ella implica fuerza, de que ella implica grandeza para esta nación! (*Muy bien! Aplausos.*)

Yo sé, señor presidente, que los hombres pasan y las instituciones de un país quedan, quedan con la patria; lo que hoy somete el poder ejecutivo á la sanción de la honorable cámara es una institución.

El señor diputado por la capital, en la elocuente exposición que hizo en una de las sesiones anteriores, para apoyar el proyecto de organización militar presentado en colaboración con el señor diputado por San Juan, en oposición al del poder ejecutivo, nos decía, tomando en consideración los dos principios opuestos, que de un lado se encontraban los militares que habían mandado cuerpos, que tenían la experiencia de la guerra, y que del otro, nos encontrábamos los que habíamos ido á beber en la fuente de los ejércitos europeos, sistemas de organización que no eran aplicables á nuestro país.

Si esto no implicara, sino un cargo contra los que han presentado el proyecto de ley de servicio obligatorio, yo no lo levantaría; pero, señor presidente, esto implica el propósito de hacer con ese argumento—el señor diputado me dirá si no es así—un refuerzo para prestigiar el proyecto de la mayoría de la comisión.

¡Claro! entre un proyecto que viene auspiciado por militares de experiencia, contra otro que viene presentado por militares que no tienen otra que la de haber estudiado un poco, es evidente que no puede establecerse sino un paralelo desventajoso para los últimos.

Y bien: voy á probar de una manera irrefutable que el argumento es contraproducente.

En efecto, el servicio obligatorio y personal que el poder ejecutivo somete á la sanción de la honorable cámara, viene auspiciado por jefes ilustres de nuestro ejército; jefes que han mandado, no solamente batallones, sino que han mandado brigadas, divisiones, y que también han mandado en jefe nuestros ejércitos.

El proyecto de servicio militar obligatorio viene auspiciado por el teniente general Bartolomé Mitre, el patricio ilustre á quien hace pocos meses el país entero festejaba, no sólo como uno de nuestros eminentes estadistas, sino como el primero de nuestros veteranos.

Voy á probar lo que digo.

El general Mitre, en aquélla famosa alocución que el señor diputado por la capital escuchó, lo mismo que el ministro que está presente, decía: «Hoy nuestro ejército, formado por ciudadanos que pagan su contribución de sangre, en obediencia á la ley de la igualdad, es la escuela del civismo militar, en que se combina el patriotismo en acción con las lecciones de la experiencia y la enseñanza de la ciencia, aplicando su energía y su inteligencia á la defensa nacional y al mantenimiento del orden público, en medio de las bendiciones de la paz, dispuestos siempre al sacrificio deliberado de la vida, bajo la austera regla de la disciplina y las inspiraciones de la libertad.»

El servicio obligatorio, señor presidente, viene auspiciado por el teniente general Juan Andrés Gelly y Obes, veterano ilustre de nuestro ejército, que ha prestado grandes servicios al país y que ha sido comandante en jefe del ejército argentino.

El servicio obligatorio viene auspiciado por un jefe eminente, por aquel sobre quien todas las miradas del país se encontraban dirigidas el día en que la patria podía encontrarse amenazada por un peligro extranjero, que ha comandado tropas como jefe de batallón, y que ha comandado en jefe igualmente el ejército de la República, resolviendo el problema secular de nuestras fronteras, con la inspiración estratégica de un guerrero eminente... He nombrado al Presidente de la República. (*¡Muy bien!*)

El servicio obligatorio viene auspiciado por el legendario teniente general Nicosías Levalle; por el heroico teniente general Luis María Campos; por el bravo teniente general Donato Alvarez. He nombrado, señor presidente, á todos los tenientes generales de la República. (*¡Muy bien!*)

El servicio obligatorio viene auspiciado por el sentido miembro que fué de esta cámara, general Francisco Bosch; viene auspiciado por otro distinguido general de división, Don Lorenzo Winter, de quien voy á ler un hermoso telegrama, que recibí antes de presentar el proyecto á la honorable cámara:

«Lo felicito muy de veras por su triunfo moral obtenido en las últimas sesiones de la cámara de diputados, consiguiendo para el ejército un campo de maniobras para una unidad respetable de tropas; y mayormente le felicito porque el ideal anhelado por tantos de la familia militar, sobre el servicio obligatorio sin limitación, quepa á vuestro satisfacción de implantarlo de una manera perfecta y definitiva, realizando en parte las ideas generales de las naciones más adelantadas en el arte militar. Que todos sus proyectos tengan la aceptación del superior gobierno y del honorable cuerpo legislativo y nos libre de la singular aberración de los contratados, para que la juventud ilustrada regenere nuestro ejército y pueda pasar por el crisol del servicio obligatorio, recogiendo la sobriedad del soldado y la práctica de las virtudes republicanas.» (*¡Muy bien!*)

El servicio obligatorio viene auspiciado por el llorado jefe de estado mayor, general Palacios; por los generales Manuel Campos, Rudecindo Roca, Fotheringham, Garmendia, Benavidez, Reynolds, etc. Han pasado, señor presidente, casi todos los generales de nuestro ejército.

Y bien, señor presidente, nosotros no hacemos, los de la nueva generación, los más humildes, los que nos hemos ocupado hasta ahora únicamente de estudiar, los que no hemos tenido ocasión de servir de otra manera á la patria, no hacemos sino seguir á todos aquellos generales que nos dan, con su autorizada experiencia, el apoyo que necesitamos para llevar á cabo estos proyectos. (*¡Muy bien! Aplausos.*)

Entonces, puedo pretender, y pretender con razón, cuando se presenta el argumento en la forma que ha sido espuerto por el señor diputado por la capital, que el servicio obligatorio viene auspiciado por los más viejos y más experimentados soldados de este país, á quienes seguimos casi en conjunto los de la nueva generación, así como del otro lado se encuentran dos generales distinguidos sin duda, lo reconozco, porque así lo merecen, señor presidente, y tres distinguidos coroneles de nuestro ejército; pero pudiendo también agregar que los dos primeros y uno de los segundos antes han defendido de una manera elocuente el servicio obligatorio y que ahora, no solamente marcan el paso, sino que retroceden, al negarse á aceptar este principio, que es el único

que puede robustecer nuestro ejército para hacer frente en cualquier eventualidad á las necesidades que puedan presentarse.

Yo tendría aquí documentos que comprueban lo que acabo de adelantar; pero el señor presidente me ha de permitir que lea únicamente muy pocos párrafos.

Así, por ejemplo, en una hermosa conferencia pronunciada en 1890 en el Círculo militar por un distinguido oficial que fué en su época el más brillante alumno del colegio militar y que más tarde fué distinguidísimo comandante de la compañía de cadetes de la escuela naval, encuentro un párrafo en que sostiene decididamente el principio del servicio militar obligatorio y en que dice que es necesario organizar un ejército de cien mil hombres para defender al país en cualquiera de las eventualidades que puedan presentarse: he aludido, señor presidente, al señor diputado Falcón.

En otra sesión se dijo cuál era la opinión del señor diputado por San Juan; pero como no se ha tratado en la última de indicar el verdadero rol á los dos propósitos que están en pugna, el del servicio obligatorio y el del servicio por contratados, porque creo que el señor diputado por San Juan decía que si se renunciaba al servicio de los contratados era porque no se encontraban en suficiente número, creo deber leer este párrafo, en el que rechaza por completo, el servicio por enganche, no porque no se encuentre en suficiente número, sino porque no le parecía suficientemente moral el elemento: «Las comisiones de reclutamiento luchan con poco éxito para conseguir buenos enganchados, y si obtienen algunas facilidades para contratar, es en aquellas provincias en donde el trabajo escasea para el proletariado y en donde los individuos que acuden á tomar servicio no tienen condiciones ni capacidad moral bastantes para hacer lo que se les exige, en principio, pues en casi su totalidad son viciosos y analfabetos.»

En cuanto al señor diputado por la capital, uno de nuestros más ilustrados generales, encuentro, desde el año 94, defendido por él de una manera elocuentísima, como yo desearía hacerlo en esta sesión, el servicio obligatorio; y me ha de permitir el señor presidente que lea igualmente esto: «No hay más que dos sistemas de organización militar: el voluntariado, cuya representación prin-

cipal la tenemos, en Inglaterra, y el servicio obligatorio, que es la obra de la Prusia; pero que los pueblos europeos se han apresurado á imitar, con aquellas transformaciones prudentísimas que deben aceptarse en la realización del ideal cuando se pasa de un sistema á otro.

«El voluntariado es un sistema esencialmente nobiliario; por eso subsiste únicamente en Inglaterra, la nación más aristocrática del mundo, á pesar de la transformación de sus instituciones y de sus reformas electorales.

«El servicio obligatorio, universal y forzoso, es el sistema que más se acomoda á los principios democráticos, porque es una compensación de los derechos del ciudadano.» (*Muy bien!*) «Además, és la gran gimnasia en que las fuerzas de una nación se emplean y se ejercitan». . . Yo no sabría, señor presidente, defender mejor el servicio obligatorio! (*Muy bien! Aplausos*). . . «Los ejércitos movidos por el sentimiento del deber, ejércitos de ciudadanos, son superiores á los ejércitos movidos por el interés del dinero, ejércitos de mercenarios; Chile lo ha comprendido así, y es el primero, entre los pueblos de la América, que piensa resolverse por el sistema del servicio obligatorio». . . ¡Sigámoslo, señor presidente!

En la sesión en que el señor diputado por la capital presentó á la honorable cámara el proyecto de organización del ejército que él prestigia, en el discurso que pronunció fundándolo, el señor diputado hizo cargos severos á la administración militar del país. Cuando se me hizo saber que en este recinto se habían hecho esos cargos, uno de los cuales era que el poder ejecutivo había falseado la aplicación de la ley de servicio obligatorio que actualmente tenemos, me sentí muy afectado, y hasta alarmado, porque como en nuestros cuarteles no está prohibido que se lean diarios ni las sesiones del Congreso, yo me dije: si mañana los conscriptos llegan á leer que en el seno de la honorable cámara de diputados se ha dicho que ellos están prestando servicio con violación de la ley, voy á recibir una cantidad considerable de recursos de *habeas corpus* y los conscriptos tendrán derecho á irse de los cuarteles, si quieren, y de faltar á la disciplina á que están sometidos.

Lo he sentido profundamente y hubiera preferido que ese cargo se hubiese hecho más bien en una interpelación,

porque así habría tenido ocasión el poder ejecutivo de poner las cosas en su lugar, levantando esa imputación. Y si hago presente esto en esta sesión, es porque no veo en esta manifestación un argumento de poco valor; al contrario, veo que si efectivamente el poder ejecutivo hubiese procedido de la manera indicada por el señor diputado por la capital, habría dado un arma, y un arma de importancia, á los que combaten el servicio obligatorio.

Pero desgraciadamente la interpelación no se produjo, con sentimiento de mi parte, porque me hubiera sido fácil levantar el cargo que se hacía al poder ejecutivo de haber falseado la ley, con un documento irrefutable, producido por el árbitro supremo de nuestro país para decidir cuestiones de derecho. Habría levantando el cargo con un fallo producido por la Corte Suprema de la nación.

Sr. Demaría.—Hay dos fallos.

Sr. Ministro de la guerra.—El señor presidente me ha de permitir leerlo. Se trata del recurso de *habeas corpus* interpuesto por un conscripto Alvarez. Y de paso diré que el documento tiene grandísima importancia para el debate, del punto de vista constitucional, puesto que verdaderamente la Corte Suprema tiene que merecer una consideración muy grande á los distinguidos miembros de esta honorable cámara.

Dice así: «Vistos y considerando: Que el artículo 67 inciso 23 de la constitución, confiere al Congreso la facultad de fijar las fuerzas de línea de tierra y de mar en tiempo de paz y de guerra y de formar los reglamentos y ordenanzas para el gobierno de dichos ejércitos; que como lo reconoce el recurrente el Congreso en ejercicio de la facultad relativa á la formación y organización del ejército permanente, ha dispuesto que éste forme entre otros elementos constitutivos con los argentinos que en el año anterior á su llamado hayan cumplido los veinte años de edad; que en virtud de esa disposición los ciudadanos argentinos á que ella se refiere forman parte del ejército de línea, y dejan transitoriamente de pertenecer á la milicia ó guardia nacional, tanto por razón de la naturaleza del servicio á que ellos son llamados, que los coloca en el caso del inciso 1º, artículo 67 de la constitución ya citado, como porque la misma ley número 3318 declara expresamente en su artículo 15, que ven-

cido el año del alistamiento en el ejército permanente los ciudadanos en él comprendidos, ó sean los del inciso 2º del artículo 2º, pasarán á formar parte de la guardia nacional activa, disponiendo en el artículo 19 que compondrán la guardia nacional activa todos los ciudadanos solteros de diez y ocho á treinta años cumplidos, que no se hallen prestando servicio en el ejército permanente; que aunque dicha ley 3318 dispuso en su artículo 13 que los ciudadanos argentinos á que se refiere el inciso 2º del artículo 2º se organizarán en cuerpos que formarán regimientos con los veteranos, la ley número 3386 ha modificado este artículo, eliminando el precepto relativo á la formación de los cuerpos compuestos de conscriptos, que con la modificación deja de existir el mandato legal en lo que respecta á la organización del ejército permanente, y su división basada en el orden de su alistamiento; que de conformidad con el citado artículo 13 los argentinos llamados á formar parte del ejército permanente, en virtud del inciso 2º del artículo 2º, serán convocados anualmente al servicio militar en campamentos, cuarteles ó buques de la armada durante el término de sesenta días, pudiendo el poder ejecutivo prorrogar por el término de un año si así lo reclamaran las necesidades del servicio.

»Que con sujeción á las leyes vigentes, por tanto, los argentinos de que se ha hecho mención forman parte del ejército permanente, y el poder ejecutivo está facultado para hacerlos prestar servicios en él, durante el término de un año.

»Que en su virtud, Alvarez, á quien se ha exigido un servicio á que lo somete la ley, no puede decir que su libertad ha sido restringida sin derecho, ni puede imputar al poder ejecutivo exceso en el ejercicio de sus facultades, cuando estando autorizado para requerir ese servicio durante un año, lo ha exigido sólo por tres meses.

»Que la circunstancia de no haber el poder ejecutivo convocado á todos los conscriptos para que presten simultáneamente sus servicios, no afecta en lo mínimo á los derechos personales de Alvarez ni le agravia á su libertad, desde que á él sólo se le exija el cumplimiento de un deber, que las leyes le imponen.

»Que el poder ejecutivo, dictando reglas para la ejecución de las leyes de referencia, ha usado de las facultades

que le son propias, de acuerdo con los incisos 2 y 17 del artículo 86 de la constitución, porque no ha alterado el espíritu de la ley reglamentada y porque está encargado de disponer de las fuerzas militares marítimas y terrestres y correr con su organización y distribución, según las necesidades de la nación.

»Por esto, y fundamentos concordantes de la vista del señor procurador general, y de conformidad con lo pedido en ella, se revoca el auto apelado de fojas 20; con costas. Notifíquese original y devuélvanse, debiendo reponerse los sellos ante el inferior.

*Benjamín Paz — Abel Bazán—Octavio Bunge—
Juan E. Torrent — H. Martínez.»*

Después del fallo de la Suprema Corte que acabo de leer, es evidente que tengo el derecho de sostener que el poder ejecutivo de la nación no ha falseado la ley de conscripción. Y así como el señor diputado por la capital, en aquella sesión que ya conoce el país, desde lo alto de su tribuna dijo que el poder ejecutivo había falseado la ley de conscripción, incorporando indebidamente ciudadanos al servicio militar, yo también declaro en nombre del poder ejecutivo, desde lo alto de esta tribuna, para que lo sepa el país y lo sepan los conscriptos, que si han sido incorporados es porque el señor Presidente de la República tiene la facultad de hacerlo, en virtud de una ley dictada por el soberano congreso! ¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos.)

Hay, señor presidente, otros cargos que debe también levantar el poder ejecutivo, que fueron hechos en la misma sesión, y que me veo en la precisión de hacerlo, porque todos ellos recaen sobre el servicio obligatorio, haciéndolo aparecer como fracasado; es decir, esto importa no sólo un cargo á la administración militar que tengo el honor de dirigir, sino al mismo principio del servicio obligatorio, que es más importante que todo lo demás.

Decía el señor diputado por la capital,—y no hay necesidad de que lea su discurso, porque el señor diputado me ha de rectificar si soy inexacto,—que el gobierno había incorporado indebidamente muchos conscriptos, y leyó algunos telegramas, entre otros, uno expedido de Chosmalal, que decía:

«Chosmalal, mayo 10. Los conscriptos que vienen á incorporarse á los cuerpos aquí destacados, llegaron casi desnudos, con mucho frío. El mismo día de la llegada, el jefe del regimiento 7º, recibió orden del ministerio de la guerra para dar de baja á veinte de los mismos, por no corresponder estos al primer llamado».

«Se trataba», agregaba el señor diputado, «de una equivocación del gobierno», lo que originó risas, como era natural.

Igualmente, leyó otro telegrama en el que se decía que en Roca había sido necesario hacer una subscripción pública para darles de comer á los conscriptos...

Sr. Capdevila—En Bahía Blanca.

Sr. Ministro de la guerra—Además, el señor diputado agregaba que todos esos cargos que él hacía á la administración militar, eran completamente exactos, porque no habían sido desautorizados.

¿No es eso, señor diputado?

Sr. Capdevila — Deseo no interrumpir al señor ministro. Le contestaré después.

Sr. Ministro de la guerra—Voy á leer, entonces, si me lo permite la cámara, acordándome un momento de paciencia:

«En efecto», decía el señor diputado: «Los diarios más serios y mejor informados nos lo han hecho saber. No recogeré denuncias de la calle; voy á citar hechos *que no han sido desautorizados* y que en cualquier momento se pueden comprobar.»

Estos telegramas publicados el 21 de mayo, me prueban que el señor diputado había leído sólo los diarios de esa fecha, pues así se explica que haya formulado esos cargos contra la administración militar.

Como los cargos que se hacían en esos telegramas importaban un hecho grave, á ser ciertos, inmediatamente mandé hacer las investigaciones del caso, y como resultó que todos ellos eran completamente injustificados, me apresuré á mi vez á desautorizarlos en los diarios. Y si el señor diputado hubiera tenido á bien leer *La Nación*, y hasta *La Prensa* misma, del 22, hubiera encontrado allí la desautorización á que me refiero.

La honorable cámara me ha de permitir leer estos recortes, porque tienen importancia, en vista de que, como digo, los telegramas que ha leído constituyen

un argumento contra el servicio obligatorio.

Dice *La Nación*: «Con motivo de informaciones transmitidas de Roca acerca del retorno de varios conscriptos á su lugar de residencia, que indebidamente habían sido incorporados por las autoridades provinciales al primer contingente de la clase del 80, el jefe del gabinete militar se dirigió, por orden del ministro, por telégrafo, á las comandancias del regimiento 7.º de caballería y 2.º de artillería de montaña, quienes han contestado en los siguientes términos.»

Naturalmente, tengo los comprobantes de los telegramas:

«Chosmalal, mayo 21. En respuesta de su telegrama que recibí anoche, debo informar que por resolución de ese ministerio, el 29 de abril fueron licenciados 21 conscriptos, en virtud de no corresponderles el servicio, por no pertenecer á los contingentes del primer llamado. Fueron racionados por nueve días y transportados hasta la estación, donde tomaron el primer tren. Dios guarde á vucencia—Julio C. Mallea, jefe del regimiento.»

«Roca, mayo 21. En cumplimiento de lo ordenado por vucencia en telegrama de ayer, debo informar que hasta la fecha van licenciados 28 conscriptos; 20 de ellos por disposición de ese ministerio, puesto que no estaban incluidos en la convocatoria al servicio. Se les dió pasaje y racionamiento hasta el punto de destino. Los restantes pertenecían al 2.º de caballería fueron recibidos en este cuartel por un oficial de ese cuerpo. Dios guarde á vucencia—E. Valdez, jefe del regimiento.»

«Resulta de estos informes oficiales—agrega el diario mencionado—que los conscriptos licenciados fueron atendidos en debida forma por las autoridades militares.»

Y así es, señor presidente, porque el ministro de la guerra se había encargado él mismo de vigilar, en los más mínimos detalles, que se hiciese cuanto era necesario para darles, en la medida de lo posible, á los conscriptos, todo lo que correspondiera á su pasaje, á su racionamiento, á su comodidad y á los mejores medios de locomoción de que se podía hacer uso en los puntos del territorio en que se encontraban los cuerpos á que iban á ser incorporados; y esto porque tengo el pleno convencimiento de que si el país tiene derecho de exigir á todos los ciudadanos el tributo de libertad y de sangre, que puede impo-

nerles para salvar las necesidades del presente y de cualquiera época, también tiene el deber de preocuparse de los ciudadanos que se incorporen, dándoles todo lo necesario para que puedan desempeñar sus funciones en las condiciones más favorables posibles.

La Prensa decía ese mismo día 22:

«Se recibió ayer un telegrama del jefe del regimiento 7.º de caballería, en que da detalles sobre los conscriptos que fueron licenciados á fines de abril, por no corresponderles el servicio. Fueron racionados por espacio de nueve días y transportados hasta la estación del ferrocarril.»

El otro despacho es del jefe del regimiento 2.º de artillería de montaña; se da cuenta en él que veintiocho conscriptos habían concurrido al Fuerte Roca sin corresponderles prestar servicio. Licenciados por tal motivo, fueron conducidos y racionados hasta su destino.»

Esto comprueba, señor presidente, la absoluta buena fe del gobierno de la nación, puesto que por las deficiencias en la manera de hacer la conscripción en las provincias, muchas veces se incorporan en gran cantidad individuos á quienes no corresponde el servicio, ¿qué mejor procedimiento legal puede emplear el poder ejecutivo que hacerlos poner en libertad, aun cuando tenga necesidad de efectuar todos los gastos de transporte necesarios para volverlos á sus hogares? Eso prueba que el gobierno nacional hace en este caso todo lo posible por subsanar los inconvenientes provocados por la conscripción en las provincias, de los cuales son únicos responsables algunas de las autoridades de las mismas.

Y aquí viene, señor presidente, otro suelto, sobre lo de Bahía Blanca: «En el ministerio de la guerra rectifican las noticias llegadas de Bahía Blanca, diciendo que los conscriptos licenciados en el Neuquén habían sufrido hambre y pedido limosna, arribando á esa ciudad después de un martirologio verdadero. Según dichos informes oficiales, el pequeño contingente fué racionado por diez días, siendo que el viaje de Roca á Bahía, sólo dura dos ó á lo más tres. Antes de salir de Las Lajas tenían ropa en abundancia y la travesía la hicieron en la forma en que todos lo hacen, en carros y caballos.

«Los pasajes que se les expidió están de acuerdo con sus respectivos destinos, y han sido otorgados, no con exceso, sino con el acierto con que proce-

de la sección transportes:» (Está dicha sección á cargo de un distinguidísimo oficial del cuerpo de ingenieros). «Dicen oficialmente también, que sólo ha habido un enfermo entre los veintidós devueltos á sus hogares, y que ese se ha hecho asistir en el acto por órdenes telegráficas expedidas en oportunidad.

«Se afirma igualmente que todas las denuncias transmitidas al respecto son exajeradas, y que no poseen fundamento.»

«Por otra parte, el ministerio está dispuesto á no permitir que los conscriptos sean maltratados, y su interés está precisamente en que ellos no carezcan de nada.» ¡Es claro! Castigaría á los que no cooperasen á estos deseos justificados!

Y bien: yo creo que después de esta lectura, he levantado por completo el cargo hecho á la administración militar, de que no había cumplido con su deber en este caso, y al mismo tiempo, he levantado la afirmación que se hizo respecto á la conscripción, haciéndole aparecer como fracasada, por estos hechos ineludibles en las condiciones en que se ha efectuado, puesto que ello está en manos de los gobiernos de provincia, muchos de los cuales permanecen inactivos, viendo que en sus respectivas localidades no se cumple la ley, ó en manos de comandantes militares y jefes de departamentos que se complacen en no cumplirla, y es precisamente lo que el poder ejecutivo quiere subsanar con el nuevo proyecto de ley que presenta, mediante el cual se nacionalizan todos los servicios de la conscripción.

La honorable cámara me ha de excusar, sin duda, de que haya tenido necesidad de entrar en estos detalles; pero ellos tienen una importancia muy considerable para un gobierno, porque, evidentemente, un gobierno que desatiende servicios de esta naturaleza comete una falta muy grave; y vuelvo á repetir que no puedo sino sentirme satisfecho de poder aprovechar esta ocasión para levantar esos cargos, toda vez que ellos fueron hechos en dos ocasiones por el señor diputado por la capital: cuando fundó su proyecto y cuando hizo uso del otro día de la palabra, para defenderlo.

Hay otro cargo, señor presidente, que me veo en la precisión de levantar, y es que el señor diputado por la capital decía que vestíamos á nuestros soldados de verano en invierno y viceversa. Yo

me quedé profundamente sorprendido, porque desde el primer momento en que me hice cargo del ministerio, una de mis más grandes preocupaciones ha sido todo lo relativo al racionamiento y vestuario del ejército. Había dado orden terminante al intendente de guerra, para que mandara el vestuario con la suficiente anticipación, á fin de que no pasara loque en otras épocas, y al notar el cargo que se hacía, pedí informes al intendente. Este me contestó, entonces, de la manera más terminante, que se había mandado con la correspondiente anticipación el vestuario de invierno y de verano, á las fuerzas de la República.

Aquí tengo esa nota: Dice así: «Tengo el honor de comunicar á vuecencia que las fechas correspondientes á los años 1900 y 1901, en las cuales se ha efectuado la provisión de vestuario á los cuerpos del ejército, son las que á continuación se expresan: Año de 1900: para la estación de invierno se ha expedido los uniformes, ropa interior y calzado, desde el 23 de marzo hasta el 3 de abril. Estación de verano: se ha expedido los uniformes, ropa interior y calzado, desde el 10 de septiembre, hasta el 17 del mismo mes.» Y así, señor presidente, hasta el fin.

Entonces quiere decir que la administración militar se preocupa de dar á los conscriptos lo que les corresponde para que puedan encontrarse dentro de los cuerpos en las mejores condiciones de confort posible.

Y debo agregar á este respecto que, sobre conscriptos desnudos, hemos hecho grandes progresos desde 1896 á 1897, en que, yo sé, y aquí tengo la nota que lo confirma, se dejaron partir muchos conscriptos de los campamentos sin darles el viejo uniforme que tenían y sin darles tampoco ropa para que pudieran regresar á sus hogares, y entonces, sí, que hubo necesidad de hacer subscripciones para poderles dar vestidos.

Hoy el ministerio de la guerra tiene terminantemente ordenado que á los conscriptos que se licencian, se les debe dejar el uniforme que tienen y hasta tiene ordenado á la intendencia que mande botones de hueso á fin de que reemplacen con ellos los botones militares, y hasta capotes mismos se les da, porque no admitiría nunca que los conscriptos regresen á sus casas sino en condiciones aun mejores de aquéllas en que han ingresado al ejército. (*¡Muy bien!*)

Sr. Demaría—¿Me permite el señor ministro?

Me parece que la cámara, que ha oído con tanto gusto las rectificaciones del señor ministro sobre hechos actuales referentes á su gestión militar, sólo puede aceptarlas porque el señor ministro hizo esas referencias como contestación á cargos que han sido formulados en el seno de esta cámara; pero que de ninguna manera podemos establecer el precedente de que durante la discusión de una ley militar que el país necesita, entremos á hacer discusiones sobre la gestión ministerial del señor ministro.

Sr. Presidente—La presidencia hubiera tenido en cuenta la observación que hace el señor diputado por Buenos Aires si no fuera que la cámara ha consagrado la amplitud de este debate, declarándolo libre en la sesión anterior.

Sr. Capdevila—A mi vez pido permiso para manifestar mi conformidad á la conducta que ha observado el señor ministro. Cuando el señor ministro termine, yo también le replicaré y le demostraré que no tiene razón. (*Aplausos.*)

Sr. Ministro de la guerra—Ya he dado las razones por qué me veo en la necesidad de levantar esos cargos. Ellos han sido hechos por el señor diputado por la capital, admitiéndosele que los hiciera en el momento en que fundaba su proyecto de organización del ejército, y en el momento de fundar el proyecto de la mayoría.

¿Por qué se le ha de negar entonces al poder ejecutivo el derecho de levantar cargos que se le han hecho durante la discusión en esta cámara? (*Muy bien! muy bien! Grandes aplausos en la barra.*)

Sr. Presidente—¡Prevengo á la barra que no debe tomar parte en las deliberaciones de la cámara! ¡Si continúa será desalojada!

Sr. Capdevila—¡Quiero declarar lealmente al señor ministro que después que termine he de replicarle atacándolo! De manera que no me tenga consideración! (*Grandes aplausos en la barra.*)

Sr. Presidente—¡Repito á la barra que la haré desalojar! ¡No puedo consentir que tome parte en las deliberaciones de la cámara!

Sr. Demaría—Tengo autorización del señor ministro para interrumpirle, y la recabo también de la presidencia, porque deseo explicar el sentido de mis palabras.

Es precisamente para evitar que derivemos del debate de una ley sobre organización del ejército, el de la gestión ministerial presente ó antigua.

Si me permito formular esta interrupción, no es con el ánimo de coartar la libertad de defensa de los cargos hechos; nada más justo ni más equitativo que permitir que esos cargos se levanten: es con el objeto, repito, de evitar cargos futuros y que se desnaturalice el debate.

Si de lo que se trate es de discutir la gestión militar del ministro de la guerra, se puede formular una interpelación, que votaremos con mucho gusto, y en sesión especial podrá hacerse tan amplia como se quiera. De otro modo haríamos descender el debate de la altura doctrinaria en que debe mantenerse para traerlo al terreno estrecho de una gestión personal.

Sr. Capdevila—Desde que el funcionario atacado no se siente molesto por los cargos del señor ministro y tiene la seguridad de que ha de levantarlos todos, ¿qué inconveniente hay en que siga atacando? (*Aplausos en la barra.*)

—Hablan á la vez los señores diputados Falcón, Godoy (E.), Demaría, Barlestra y el señor Ministro de la guerra.

Sr. Presidente—¡Permítanme los señores diputados!

¡No puedo permitir la discusión en forma dialogada!

Tiene la palabra el señor ministro, á quien ruego que tenga en cuenta las observaciones del señor diputado y el asentimiento que la cámara parece haberle prestado.

Sr. Ministro de la guerra—Yo tengo que hacer presente que no he hecho cargos á nadie...

Sr. Falcón—Yo creo que el señor ministro está en la cuestión, y es una pretensión del señor diputado por la capital constituirse en regidor del debate.

Creo que el señor ministro debe bastarse para oír los cargos y defenderse de ellos. (*Muy bien! muy bien! Aplausos.*)

Sr. Demaría—¡En materia de pretensiones, soy de los que menos tienen! (*Muy bien! muy bien!*)

Sr. Capdevila—¡Siga atacando el señor ministro, siga adelante! (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Ministro de la guerra—Yo no he atacado! El ministro no ha hecho más que defenderse.

Sr. Falcón—¡Defiéndase, señor ministro, hace bien!

—Los mismos señores diputados antes nombrados y varios otros hablan á la vez, á lo que se mezclan los aplausos de la barra. El señor presidente agita la campanilla para imponer silencio.

Sr. Ministro de la guerra—¡El ministro de la guerra no necesita mentores! (*¡Muy bien! ¡muy bien! Aplausos.*)

Sr. Falcón—Soy el primer convencido de eso!

Sr. Presidente—¡Reclamo para el representante del poder ejecutivo, los mismos respetos que reclamaría para cualquier diputado de parte del señor ministro! (*¡Muy bien!*)

Sr. Ministro de la guerra—Estoy convencido de eso, y agradecido, señor presidente. Sé que la honorable cámara me ha de acordar toda su benevolencia.

Repito que si he sido extenso, es porque me he creído en el deber de proceder así para levantar imputaciones hechas al poder ejecutivo en otras sesiones, y porque he creído ver en eso, no un ataque al ministro, sino un ataque al servicio obligatorio.

Sr. Presidente—Puede confiar el señor ministro en la deferencia y en la hidalguía de la honorable cámara, y continuar en la discusión del proyecto.

Sr. Ministro de la guerra—Muchas gracias!

Había concluido con esa parte que no me era muy agradable; pero que no podía dejar subsistente el poder ejecutivo desde el momento que afectaba un proyecto tan fundamental como el presentado á la consideración de la honorable cámara.

Y digo esto, porque no se me ha de negar que al fundar uno de los cargos principales formulados contra el servicio obligatorio, se ha dicho que ha sido un fracaso, y para probar que ha sido un fracaso, se han hecho esos argumentos.

Como decía, señor presidente, se ha hecho el cargo al servicio obligatorio de que ha fracasado. Se ha dicho que yo lo había confesado en este parlamento, diciendo que había habido una provincia que había tenido más de cincuenta por ciento de conscriptos que no se había presentado al llamado. Los otros días, el señor diputado por San Juan repitió lo mismo, y yo le dije que había habido más del ochenta por ciento, y lo ratifico en este momento;

pero al mismo tiempo, hago presente que en la capital no ha pasado lo mismo. En la capital de la República, los conscriptos se han presentado en una proporción de ochenta y tres por ciento. No es la perfección, lo confieso; pero me parece que es un buen resultado. En muchas de las provincias, no sólo ha habido más del ochenta por ciento, sino que ha habido algunas que han llegado á superar el doscientos por ciento y más también. Hay una provincia á la cual se le había pedido el contingente de los sorteados del primer sorteo del 80; y no sólo mandó — porque no tenía suficiente — los del contingente del primer sorteo, sino la parte de los sorteados á quienes no correspondía, y también los que no habían sido sorteados, con violación absoluta de la ley. Cuando se le dijo á esa provincia — aquí tengo la nota, no hay para qué leerla — que mandara el resto del contingente del último sorteo, dijo que no tenía más, porque los había mandado todos en el primero, es decir, los del contingente, los del sorteo y los que no estaban sorteados!

En la capital no pasa eso. Acabo de repetir que hemos tenido solamente el diez y siete por ciento que no ha concurrido al llamado. Al solicitar de la cámara que se nacionalice el servicio de conscripción, quiere el poder ejecutivo tener la responsabilidad, pero también la seguridad de que el servicio de conscripción se ha de cumplir en todo el país.

Voy á considerar ahora una cuestión que se refiere á la forma en que tenemos actualmente remontados nuestros cuerpos, con conscriptos. El señor diputado por la capital decía que ese principio se había establecido en este país el año 98, resucitándolo un siglo después de haber sido instituido en Francia, en donde los cuerpos de veteranos remontados con conscriptos se habían fundido como nieve al sol. Si mal no recuerdo, esas fueron las palabras del señor diputado, el que me rectificará, si es necesario.

Y yo, señor presidente, tengo necesidad de hablar de esto, porque tenemos nuestros cuerpos, todos, remontados de ese modo, y porque tenemos la responsabilidad de ello, y yo la afronto, por mi parte, ante el parlamento y ante el país. Yo fui quién aconsejó al señor general Levalle, siendo ministro de la guerra, que los cuerpos de veteranos se remontaran con conscriptos, en

aquellos momentos solemnes en que tal vez hubiéramos tenido necesidad de hacer uso de nuestras fuerzas militares. Y dí este consejo porque de lo contrario habría sido necesario llevar nuestros cuerpos de línea á campaña en esqueleto, puesto que sus efectivos apenas alcanzaban el 50 % del efectivo que les correspondía por reglamento, en pie de guerra.

Y bien, yo tengo, repito, la responsabilidad y por eso vengo á asumirla ante el parlamento.

Entonces no se fundieron al sol esos cuerpos, porque, como es sabido, no hubo necesidad de emplearlos; pero tengo el convencimiento de que si mañana tuviéramos necesidad de hacer uso de las fuerzas militares del país, en la forma en que hoy se encuentran, no se fundirían al sol, señor presidente!

Y bien, los cuerpos en esta forma, fueron primeramente establecidos, no en Francia, sino en Prusia, y antes de Federico II.

En efecto, en aquel país, pobre entonces, ahora muy rico, que tenía ya el presentimiento de su grandeza futura, el *Rey Sargento*, padre de Federico II, que le había preparado un ejército demasiado fuerte tal vez para su capacidad financiera, se vió en la precisión de no remontar totalmente sus cuerpos con enganchados; y entonces resolvió completar esos cuerpos de enganchados con individuos de las mismas localidades, es decir, fué él quien iniciaba la institución del principio obligatorio, porque después que los hacía servir un cierto tiempo en las filas los mandaba á sus hogares.

Y esos cuerpos, así constituidos, no se fundieron al sol cuando fué necesario hacer uso de ellos. Ellos fundieron con sus bayonetas á los aliados en Rosbach, Leuthen y Kunersdorf. Y así, yo tengo el convencimiento de que los cuerpos que ahora tenemos en el país harían lo mismo que aquellos, si el caso se presentara!

Entrando ahora de lleno á la discusión de los dos proyectos sobre reorganización del ejército, que se encuentran en pugna, debo declarar que ellos están fundados en principios absolutamente opuestos. El del poder ejecutivo, fundado en el principio que hoy sirve de base á toda organización militar, es decir: el servicio obligatorio y el sistema regional. Es el sistema racional en que han fundado su organización militar todos los pueblos de la Europa, y es el

principio en que ha fundado su sistema de organización militar un pueblo vecino, que tiene una organización ya bastante adelantada, y que nuestro país no tiene el derecho de descuidar.

Con el principio, señor presidente, de un ejército permanente de instrucción y organizado de modo á desdoblarse en caso de necesidad, es evidentemente mucho más fácil tener asegurada la defensa nacional que procediéndose de una manera distinta. Y esto porque que un ejército constituido en tal forma permite *el más rápido pasaje del pie de paz al pie de guerra, que es el principio fundamental en que debe basarse toda buena organización militar.*

El proyecto del poder ejecutivo, crea, como he dicho, las regiones, y dentro de ellas establece los comandos, que correrán con todo lo que sea necesario á la movilización, organización é instrucción de las tropas de las respectivas regiones; crea dentro de ellas, los jefes y oficiales de reserva; crea también clases instructoras para el ejército permanente, por donde deben pasar todos los conscriptos de dos años y de seis meses, y al mismo tiempo, se les da á las mismas reservas, que es la base fundamental del proyecto, el nervio de las clases, que serán constituidas por los conscriptos de dos años.

El proyecto de los señores diputados por la capital y por San Juan, está basado en el principio de un ejército de contratados, destinados á desempeñar el rol de guardia de fronteras, y en el principio de la instrucción obligatoria, dada por clases especiales. Pero ese proyecto no organiza; á ese proyecto, en mi sentir, no lo conceptúo superior á la ley del 95, que tuvimos que completar el año 98, para salvar sus deficiencias. Es un proyecto que deja librada á la improvisación todo lo que puede referirse á una movilización del ejército en caso necesario; no tiene credas, desde el tiempo de paz, unidades de ninguna especie; los grandes comandos no existen; los jefes de brigada, tampoco. Resulta entonces, que en el caso en que el país se encontrase amenazado por una guerra, sería necesario improvisarlo todo, con las deficiencias de que todo el mundo se puede dar cuenta, y con los inmensos gastos que habría que efectuar, porque no puede pretenderse hacer economías en una situación semejante!

Además, señor presidente, en caso de movilización, sería necesario encontrar

los hombres que se habrían ido á sus hogares, y que estarían sometidos, no á la acción de la autoridad nacional sino á la de los gobiernos de provincia, como actualmente sucede con nuestros conscriptos y con nuestra guardia nacional.

Yo no creo poder hacer mejor comparación, y la hago con la más absoluta convicción, entre los dos proyectos, que presentando la situación de la Alemania y de la Francia, en frente la una de la otra, en 1870.

Reconozco que el proyecto del poder ejecutivo estará evidentemente lejos de poder llevar al país á un estado de organización militar perfecta como el que tenía la Prusia en 1870; pero al propio tiempo será necesario reconocer que el proyecto patrocinado por la mayoría de la comisión, no es superior al que tenían los franceses en aquel año.

Sr. Godoy (E.)—Es exactamente igual. Es el proyecto del mariscal Neil.

Sr. Ministro de la guerra—Me permitirá, entonces, el señor diputado que le diga que no lo ha leído bien.

Sr. Godoy (E.)—Demasiado bien...

Sr. Ministro de la guerra—Yo le suplico, señor diputado, que lo lea bien. Me complacería que me demostrara que estoy en error.

Sr. Godoy (E.)—Es la misma cosa, con la diferencia que en Francia llamaban guardia móvil á lo que el poder ejecutivo llama reserva.

Sr. Ministro de la guerra—Si me permite el señor presidente, voy á contestar la observación del señor diputado, diciéndole que nosotros hacemos pasar todas las reservas por el ejército permanente, y que éste, juntamente con las reservas constituyen el ejército de línea; mientras que los guardias móviles, como el señor diputado sabe, no pasaban por el ejército permanente.

Sr. Godoy (E.)—Hay unos de cinco años y otros de cinco meses, y éstos iban á formar la guardia móvil...

Sr. Presidente—Sírvase no interrumpir el señor diputado por San Juan.

Sr. Ministro de la guerra—He dicho antes cuál era la base que constituye el proyecto patrocinado por la mayoría, es decir, diez mil soldados veteranos que se encontraban cubriendo la frontera del oeste, y la guardia nacional que se instruía por medio de las clases, las que no tenían, á mi juicio, suficiente consistencia ni instrucción, porque no sé donde puedan adquirirla desde el mo-

mento que estoy convencido de que la instrucción de las clases no puede formarse si no mandando verdaderos soldados.

Y bien, señor presidente: encuentro que en el caso de que el proyecto de la mayoría de la comisión fuese aceptado por esta honorable cámara, nos encontraríamos en esta situación el día de una movilización: ó bien los diez mil soldados que se encuentran en la frontera sería necesario traerlos para que sirviesen de clases á esa guardia nacional, que con tres meses de instrucción no adquiriría la suficiente para desenvolverse en un combate moderno, ó bien sería necesario dejarlos donde están, y entonces la guardia nacional no tendría clases. Por el proyecto del poder ejecutivo, no: no solamente todos los conscriptos han pasado por las filas del ejército permanente, sino que hasta un quinto de ellos está autorizado el poder ejecutivo para hacerlos pasar durante dos años, que es el tiempo evidentemente suficiente para poder constituir de un hombre, una clase, con suficiente educación militar. En una palabra, creo que he encontrado la definición que cuadra á los proyectos para presentarla ante esta honorable cámara.

El proyecto del poder ejecutivo organiza, educa é instruye suficientemente á los conscriptos que han de servir como soldados, mientras que el proyecto patrocinado por la mayoría no organiza, no educa é instruye insuficientemente. Y queda sobreentendido que se más importante, si se quiere, la organización que la educación y la instrucción, puesto que con la organización siempre será posible, en situaciones difíciles para un país, hacer algo, mientras que con sólo instrucción lo haría difícilmente.

A la honorable cámara no se le puede ocultar la importancia transcendental que tiene para este país plantear sobre bases sólidas y definitivas el fundamento de su organización militar. Todos los señores diputados conocen suficientemente la historia para saber que los pueblos que se preparan en la paz con método, no empleando mayores dineros que los que puede soportar la nación sin aplastarla, se han encontrado siempre en condiciones más favorables para repeler una invasión que aquellos que han descuidado su organización militar por no gastar lo suficiente á fin de preparar sus tropas para todas las eventualidades.

dades. Y esto, señor presidente, no lo puede alcanzar un pueblo que quiere organizarse militarmente sobre las bases fundamentales de la organización moderna, sino instituyendo reservas, y reservas sólidas, como las que ofrece el proyecto del poder ejecutivo; reservas que permitirán en un momento dado organizar en nuestro país un ejército sobradamente poderoso, para hacer frente á todas las eventualidades, porque estas reservas se encontrarán encuadradas primero en las clases instructoras que serán columnas sólidas del edificio,—más sólidas que aquellas de fundición de que hablaba el señor diputado por Buenos Aires,—serán columnas de acero, porque las habremos sacado de los mejores elementos de nuestra conscripción; porque las habremos instruido; porque tendrán conciencia absoluta de su deber de instructores y de educadores; porque sabrán enseñar no sólo lo que corresponde á la instrucción, sino también á la educación militar. (*Muy bien!*)

Repito, las instituciones militares de un país no se improvisan; son la obra del tiempo, de paciencia, y es preciso que alguna vez comencemos. Si la cámara adopta el proyecto del poder ejecutivo, habremos iniciado la reforma; si la honorable cámara adopta el proyecto de la mayoría, estaremos siempre en lo mismo: dentro de dos, tres, cuatro ó cinco años, tendremos que plantear de nuevo el problema que discutimos en este momento! (*Muy bien! Aplausos.*)

Señor presidente: tenemos la prueba de lo que ocurrió el 95. La ley dictada entonces fué un progreso, es cierto; pero si se hubiera iniciado la reforma absoluta, habríamos ganado seis años, y nos encontraríamos en condiciones mucho más favorables que cualquiera de nuestros vecinos. Por eso quisiera que no se retardara más la realización de un proyecto de esta naturaleza, que no admite espera.

Repito una vez más: las instituciones militares de un país no se improvisan, y aun cuando se encontrara, en momentos difíciles, al frente de tropas sin suficiente instrucción un genio como Napoleón, en 1813, ó un capitán como Chancy en la campaña de 1871, no se conseguiría otra cosa que un desastre. Y detrás de un desastre final, puede venir, señor presidente, la pérdida de territorios amados, como le sucedió á la Francia, como le ha sucedido á España,

como le puede suceder á cualesquiera otra nación imprevisora que descuide su instrucción y organización militar.

(*Aplausos en la barra.*)

Sr. Falcón—Podríamos pasar á cuarto intermedio...

Sr. Presidente—Si el señor ministro lo desea.

Sr. Ministro de la guerra—Acepto, señor presidente.

Sr. Presidente—Invito á la cámara á pasar á cuarto intermedio. (*Aplausos en la cámara y en la barra.*)

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados dice el

Sr. Presidente—Continúa la sesión.

Sr. Ministro de la guerra—Voy á recomenzar haciendo una síntesis del proyecto del poder ejecutivo:

Ya he dicho anteriormente toda la atención que el poder ejecutivo había dado á la formación de esta ley, de una trascendencia tan grande para el país, desde que ella afecta á las dos cosas más sagradas que existen en una nación: la defensa nacional y la contribución de sangre impuesta á los ciudadanos. Por este motivo, es el caso de decirlo, el poder ejecutivo se tomó todo el tiempo necesario para preparar este proyecto de ley, sin dar satisfacción á impaciencias que le exigían presentarlo á plazo fijo. Con este motivo, él ha tenido el tiempo de considerar con toda detención y de todos los puntos de vista, cada uno de los organismos que constituyen el proyecto sometido á la sanción de la honorable cámara.

El poder ejecutivo quería que el proyecto que iba á someter á la sanción del honorable Congreso, no sólo respondiera á las necesidades del país y fuese capaz de darle la fuerza que pueda necesitar para todas las eventualidades que puedan presentarse, en su vida de nación, sino que él quería otra cosa: quería firmemente que la ley estuviese encuadrada dentro de la constitución. Y de ahí viene, como tuve el honor de decirlo en otra ocasión en este recinto, que tuviese tanta calma, diré así, para poder poseer todos los elementos que habían de constituir la ley, porque tenía repugnancia de encuadrar dentro de ella algo que no se ajustara á la carta fundamental del país. Después de mucho reflexionar; después de haber frecuentemente cambiado ideas al respecto con

el señor Presidente de la República y haber consultado la opinión de constitucionalistas distinguidos, se llegó á encontrar la solución, y es la que contiene el artículo 13 del proyecto de ley sometido á la honorable cámara, que es en realidad el artículo eje de la ley.

Ese artículo implica, como decía el distinguido señor diputado por Buenos Aires, una revolución en nuestro ejército, desde el momento que por la primera vez se instituyen las reservas, y reservas nacionales; desde el momento que por la primera vez se le da una organización eficiente y estable al ejército argentino, la única, la primera vez en que se podrá contar con elementos seguros sometidos á la acción del gobierno federal, para organizar el ejército capaz de responder á las necesidades de la nación.

Pero, señor presidente, había otra cuestión muy importante y es la cuestión económica.

Las instituciones de un país pueden prosperar en él, pueden llegar á ser lo que han sido las instituciones militares en Prusia y llevar á una nación, como han llevado á aquélla, al pináculo del poder y de la riqueza; pero á una condición: que esas instituciones militares no exijan recursos superiores á la capacidad económica y financiera de la nación, porque de lo contrario, se haría el esfuerzo, uno, dos ó tres años; después se abandonaría y la mejor de las leyes quedaría destruída. Entonces, buscando con perseverancia, cree el poder ejecutivo haber encontrado una solución verdaderamente satisfactoria, desde el momento que el proyecto que somete á la consideración del Congreso podrá desarrollarse con un presupuesto no superior á diez y siete millones y medio de pesos, que evidentemente en el presupuesto de la República Argentina no es una carga superior á sus fuerzas. Eso representa un poco más de la décima parte de su presupuesto general, es decir, apenas la mitad de lo que proporcionalmente otras naciones de Europa gastan en su ejército. Con este presupuesto, que es una de las dudas que hasta ahora parece ha tenido alguno de los miembros de esta cámara; con ese presupuesto, digo, el poder ejecutivo toma ante el Congreso y ante el país, la obligación de hacer pasar la clase íntegra de veinte años, apta para el servicio militar. Apta para el servicio militar, repito.

Y con los recursos que se crean

dentro de la misma ley y con una parte que podamos también darle del presupuesto, vamos á hacer el llamado, cada año, de una cantidad de reservistas por el término de un mes. Serán veinte, veinticinco mil, que son seguramente una cantidad bastante respetable. Podremos, entonces, con ellos, constituir el complemento de las unidades, á fin de poder hacer maniobras y, por la primera vez en este país, ver fuerzas organizadas con todos su elementos; ver la instrucción superior desarrollada; ver los generales comandando tropas y estar siempre listos para hacer una movilización.

He dicho hace un momento, que uno de los fundamentos esenciales de esta ley, en su desarrollo, lo constituye las clases. He dicho, igualmente, que íbamos á tener en todas las unidades del ejército—creándolas, desarrollándolas sucesivamente—clases profesionales salidas de escuela, seleccionadas dentro de los conscriptos mismos, para lo cual habíamos preparado, dentro del proyecto de ley, todos los elementos necesarios para poder hacerles una situación favorable, que pudiera entonces permitirnos encontrar un número de conscriptos suficientes para poder formar esas clases.

Esos son los instructores y los educadores que estarán dentro del ejército en un número proporcional á lo que prescriben los reglamentos, y de que he de hablar más tarde, cuando llegue á la composición de nuestro ejército.

Pero, además de estos profesionales, para dar la instrucción y la educación, hemos debido pensar, señor presidente, en una cuestión de la más alta importancia, y era la de preparar las clases para encuadrar dentro de ellas las unidades de complemento. De ahí, señor presidente, la idea del servicio indispensable de dos años para una parte de los contingentes, mientras que el resto de la clase haría el de seis meses ó aún de cinco, si las necesidades del presupuesto lo exigen.

Y como este punto de las clases en un ejército, es de importancia trascendental, puesto que ellas constituyen la base esencial en que se encuadran las tropas, me ha de permitir la honorable cámara que distraiga un momento su atención, para referirle un episodio histórico, que es el que inició el juicio del ministro de la guerra, para llevarle á dar la importancia capital que atribuye á las clases en la organización del ejército.

« Cuando en otra época me encontraba, señor presidente, formando parte de los alumnos de una escuela de guerra europea, oí referir con un notable criterio crítico a nuestro profesor de arte militar consideraciones sobre los ejércitos del norte y del este de la Francia, organizados rápidamente después de los desastres de Metz y de Sedán. Allí, ese eminente profesor, al hacernos seguir la resistencia energética, pie á pie, del general Faidherbe, sus casi triunfos contra soldados aguerridos de la Alemania, en su campaña del norte, con fuerzas que no eran superiores á las del adversario; cuando nos hacía seguir, digo, con entusiasmo, las operaciones de ese general ilustre, nos decía: ¿comprendéis la resistencia? Y bien, es porque tenían buenas clases, mientras que el ejército del este, de Bourbaki, como lo he de referir más tarde, con tropas cuatro veces superiores á las del enemigo, no pudo resistir, y fué porque carecía de ellas.

¿De dónde había tomado las clases aquél general? De los soldados profesionales que se habían escapado de las prisiones de Alemania, ó salvado á la rendición de Sedán; mientras que Bourbaki, que había formado su ejército en el centro de la Francia, y donde no habían podido llegar soldados ni de las prisiones de Alemania, ni de Sedán, tuvo que improvisarlas, como sucedería con el proyecto que patrocina la mayoría de la comisión. Tuvo que lanzarse con ellas á la campaña del este para levantar el sitio de Belfort y con fuerzas cuatro veces superiores á las del general Von Werder, que mandaba tropas de *landwehr*, fué rechazado en sus ataques sucesivos, habiendo sido completamente batido el cuarto día. Y entonces, nuestro profesor nos decía: Bourbaki fué derrotado porque no tenía clases.

Ese ejemplo quedó grabado en mi mente, y cuando ha llegado el momento en que he podido ser de alguna pequeña utilidad á mi patria, sirviéndola bajo la dirección del hombre eminente que dirige sus destinos, en la organización del ejército, he hecho lo necesario para aprovechar ese ejemplo, y de ahí, señor presidente, las clases de nuestra organización.

Yo les atribuyo una importancia capitalísima, y por eso me he dicho que si era necesario exigir á una parte de los jóvenes conscriptos de 20 años, el sacrificio de imponerles dos años de servicios, en vez de seis meses, que es

lo que establece, en general, el proyecto, yo me he dicho, repito, este sacrificio es indispensable á la organización del ejército, y no podemos evitarlo. Pero al imponerlo, lo exigimos de la manera más absolutamente igual, el pobre como el rico, el rico como el pobre pueden recibir la bolilla que les obligue á alistarse en el ejército de la nación, por dos años y allí han de cumplir su servicio.

—Un señor diputado hace una observación en voz baja al señor ministro:

Sr. Ministro de la guerra—No es un personero; es una permuta completamente libre entre ellos.

Sr. Castellanos (J.)—Ya discutiremos ese punto en la discusión en particular.

Sr. Ministro de la guerra—Y, señor presidente, no he de terminar este punto que se refiere á las clases, sin manifestar que en el proyecto del poder ejecutivo no hay enganche, como ha sido manifestado por uno de los señores de la mayoría de la comisión, que parece, si he comprendido bien, entendía que se había hecho la sustitución de la prima por el sobresueldo, con un propósito que no ha estado en la mente de los que elaboraron el proyecto de ley.

El señor presidente de la República y el ministro de la guerra hemos querido que desapareciera de nuestro ejército la prima. Y se ha querido que desapareciera, porque nos parecía que, por más que ella existe en Europa, se encuentra reñida con los principios que deben respetarse en el ciudadano de una democracia. Hemos pensado, señor presidente, que era no permitirle al individuo ser digno desde el principio de su carrera, el imponerle la obligación, en algún momento de necesidad, de firmar un contrato recibiendo anticipadamente del estado el pago de sus servicios. Hemos pensado que es más moral pagarle esos servicios con la misma generosidad, con más, si se quiere; pero después de los servicios prestados. El individuo, señor presidente, se siente más digno, más levantado, y él se cree capaz entonces, de llegar á todas las alturas sin haber sido deprimido en ningún momento de su vida.

Yo no sé, señor presidente, puede ser que haya quien califique de lirismo esta manera de pensar, como se ha dicho; pero creo firmemente que el medio empleado nos ha de dar buen re-

sultado; y también creo que muchas de nuestras clases, cuando más tarde, en el curso de la vida, lleguen, después de haber dejado el ejército, á ocupar un puesto en la administración ó en la sociedad civil nos han de agradecer el no haberles hecho firmar un contrato vendiendo sus servicios.

Es cierto que esto no existe en Europa: que en Alemania, en Francia y en todas partes, se enganchan los individuos que tienen la pretensión de ser clases; pero el que ellas no hayan llegado á este noble y levantado propósito, no es un motivo para que nosotros no lo iniciemos.

Como pudiera ser, señor presidente, que hubiese quienes conceptuasen insuficiente el término de dos años, que hemos establecido en nuestro proyecto para formar esas clases de la reserva, de que he hablado, conceptúo que no puede haber nada que pueda convencer mejor al respecto á los señores diputados, que apoyarme en una autoridad indiscutible, cuyas palabras valen, evidentemente, mil veces más que todo lo que yo pudiera decir en abono de mi tesis; y he de rogar á la honorable cámara que me permita leer algunos párrafos de un famoso libro escrito por el general Trochu.

Todo el mundo sabe la competencia de ese eminente general, que había servido largos, larguísimos años, haciendo campañas en África; que conocía íntimamente la vida del soldado; que había vivido en medio de los contratados y en medio de los conscriptos, y que sabía lo que eran capaces de dar los unos y los otros.

Y aun cuando tenga que solicitar la benevolencia de la honorable cámara para hacer esta lectura, la considero de tanta importancia, señor presidente, que me será permitido hacerla.

Al propio tiempo que se puede aquí encontrar el fundamento de lo que valen esos soldados de dos años, á que me he referido, se encuentra también la tesis que él sostiene, defendiendo de una manera magistral el principio del servicio obligatorio. Y dice: «Un joven lleno de ilusiones, lleno de fé en el porvenir, marcha hácia la muerte posible, sin pensar en ella, sin creerla. Un hombre maduro, y con mayor razón, uno de edad avanzada, conoce mejor el valor de la vida y no gasta voluntariamente lo que le queda de este precioso capital.»

«Cada año, el ejército pide al país un

contingente, cuya cifra ha variado entre sesenta y cien mil hombres en tiempo de paz, y le devuelve, otro, cuya importancia numérica es proporcionalmente igual.»

«Quiero detenerme sobre estas compensaciones y entregarme, á propósito de ellas, á una discusión que me parece de un interés muy serio, porque allí está, á mi juicio, todo el porvenir del ejército francés y gran parte del porvenir de la sociedad francesa»... (¡Qué bien se aplica esto á nosotros, señor presidente!...)—«Las doctrinas que voy á exponer son familiares á los hombres de reflexión y de experiencia que han estudiado en el ejército y fuera del ejército esta materia especial, pero son poco conocidas del público. Hay más: el aspecto bajo el cual el público considera al ejército, está, por las razones muy naturales que he indicado precedentemente, es decir, el carácter y los hábitos militares de la nación francesa, cargada de un color poético que enmascara sus defectos. De ahí esta disposición de los espíritus, muy particular en nuestro país, que se llama *chauvinismo*, especie de entusiasmo militar, de buen origen, pero que tiene los inconvenientes de todos los caprichos, es decir, de todas las ilusiones de los prejuicios, y en cierto grado de eneguecimiento. El *chauvinismo* es al espíritu de las armas lo que el fanatismo al espíritu religioso, es decir, una alteración y un exceso.

«Es así como en Francia nos apasionamos por los viejos soldados. Estamos asegurados: la tradición y los libros nos lo dicen: sólo los viejos soldados se encuentran en situación de hacer enérgicamente la guerra; y por la legislación, por los reglamentos, por todos los medios, en fin, nos hacemos viejos soldados,

«Examinemos esta cuestión, que es fundamental.

«He dicho, y creo haberlo probado, que en la constitución del ejército el sentimiento domina, y que hace de él la fuerza.

«Voy á exponer con más detalles el origen de esta fuerza, haciendo pasar al soldado á la vista del lector, por todas las impresiones que él recibe, con todos los grados de enseñanza que concurren á formarlo en el regimiento, advirtiéndole que no son éstas ni especulaciones del espíritu, ni susceptibilidades filosóficas, sino realidades que he estudiado toda mi vida, en medio de

las tropas, con un ardiente deseo de encontrar la verdad.

«Los jóvenes tomados de las campañas, y forman felizmente la mayor parte de cada contingente, ó tomadas en las ciudades, por la ley de reclutamiento, llegan casi todos al regimiento con un espíritu en el cual la turbación y el sentimiento dominan.

«Ellos no han enajenado voluntariamente su libertad, no han perdido todos los sentimientos naturales en el corazón del hombre, todas las pasiones inherentes á la condición de ciudadano, y extrañan la familia, sus amores, el campanario de su aldea, su taller; las exigencias del noviciado les son penosas, y la mayor parte se defienden largo tiempo contra ellas, muchas veces durante un año, todo entero, en el secreto de su alma. Pero los hábitos se forman; el oficio, propiamente dicho, se les hace familiar y no tiene ya misterios para ellos. Generalmente, conducidos con benevolencia» (como sucede ahora entre nosotros) «convenientemente alimentados, convenientemente vestidos, se levantan marciales, dentro de su uniforme y bajo sus armas, con un principio de altivez que muestra que el sentimiento de la dignidad profesional ha penetrado dentro de ellos. Por otra parte, la vista de la bandera y las tradiciones que se unen á ella, el oír las órdenes del día en donde muchos honorables recuerdos son puestos en su conocimiento, todo en fin, concurre á herir su imaginación, elevando y acostumbrando á considerar como otra familia el regimiento en el cual se han creado.

«En este momento han pasado dos años de servicio y se encuentran casi formados. El conjunto de las disposiciones se resume en lo que yo llamaría el espíritu regimentario, primer grado de la madurez en el soldado francés, y comienzo del espíritu militar, que es más generalizado, más profundo y que desarrolla rápidamente un año de servicio más, que confirma irremisiblemente una campaña de guerra con sus enseñanzas de toda suerte y sus temibles pruebas.»

«Es entónces que aparece el viejo soldado, no el que sueña la imaginación del público, que lo crea artificialmente haciéndole envejecer bajo banderas, y que yo definiré á mi vez. No; mi viejo soldado es un joven; tiene en el orden moral como en el orden físico, todos los resortes de la juventud, y tiene de la

juventud las creencias y las ilusiones. Está lleno de fuerza y lleno de honor. No intenta dar á su país un día más allá de los años que le debe de acuerdo con los términos de la ley, porque deberes anteriores y superiores le llaman á su familia; pero esos años él se los dá enteros, sin restricciones ni cálculos. En la paz, es el hombre de la regla y de los buenos ejemplos; en la guerra es el hombre de la abnegación. Es á él á quien la voz de su general le hace conmovir cuando en medio del peligro le habla de su país. Es él quien con imperiosos instintos de agitación y de movimiento, se condena á la terrible inmovilidad de la trinchera en donde la muerte le hiere con el arma al brazo. Es él quien trabaja energicamente, quien sufre pacientemente, quien oportunamente, al entrar en su hogar, no pide como premio de sus esfuerzos más que un simple certificado de buena conducta.»

«Y cuando ese viejo soldado, que es joven, vuelve á la casa paterna con los sentimientos y las afecciones de que su alma ha quedado llena, ha ganado enormemente sin haber perdido nada. El es generalmente más fuerte, más propio para el trabajo; la flexibilidad del joven triunfa todavía de la rigidez, que es la característica particular de los hombres que han llevado durante mucho tiempo las armas. Puede todavía inclinarse sobre el arado y tomar los hábitos de una profesión manual. Queda por consiguiente útil al país donde ha nacido, en lugar de ir á aumentar en la gran ciudad el grupo de los vagabundos. Se casa. En este estado funda su familia, propagando alrededor de él las tradiciones de obediencia, de respeto, de buen orden que ha recogido en el regimiento y vuelve, sin pretenderlo tal vez, á prestar nuevos y muy preciosos servicios á la sociedad.»

Y concluye, señor presidente, en estos términos;

«Un ejército que se renueva así periódicamente, recibiendo en su seno una porción notable de la mejor población del país, y que le devuelve en cambio cada año, un contingente de soldados licenciados, preparados, como he dicho, echa todos los diez años en la masa popular, cerca de un millón de buenos ciudadanos, y éste es un poderoso instrumento de moralización pública.»

(*Muy bien! ¡muy bien!*)

Eso es lo que pretendemos nosotros con nuestro proyecto de ley: hacer pa-

sar por las filas una cantidad de nuestros jóvenes conscriptos de veinte años, de lo mejor de nuestra población, para que á los dos años, al salir del ejército, vayan á sus hogares y sean un poderoso elemento de moralización pública! (*¡Muy bien! ¡muy bien!*)

Sr. Lacasa—Permítame el señor ministro...

Señor presidente: varios diputados me han insinuado la conveniencia de levantar la sesión, por lo avanzado de la hora.

Varios señores diputados—¡No, señor! ¡no, señor!

Sr. Lacasa—Permítanme dar las razones de mi moción.

El interesante debate que se desarrolla en la cámara, absorbe la atención de todos los que durante todo el año concurrimos á la cámara y tenemos el derecho de pedir que se levante la sesión á la hora de costumbre. (*¡Muy bien!*)

Sr. Berrondo—El señor ministro manifiesta que está fatigado. Por consiguiente, debemos levantar la sesión.

Sr. Presidente—Estas mociones no se discuten. Se votará si se levanta la sesión.

—Resulta negativa.

Sr. Falcón—Encontrándose fatigado el señor ministro, según lo manifiesta, hago moción para que se levante la sesión.

Sr. Balestra—Yo había votado en contra por no interrumpir al señor ministro.

Sr. Ministro de la guerra—Efectivamente, estoy algo fatigado; pero no tengo inconveniente en continuar. Y si á un ministro le fuera permitido hacer mociones, yo la haría para que continuáramos en sesión permanente hasta terminar este debate. (*¡Muy bien! Aplausos en la barra.*)

Sr. Falcón—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

—Se vota la moción para pasar á cuarto intermedio, y es aprobada por 37 votos.

Sr. Presidente—Queda levantada la sesión.

—Varios señores diputados felicitan al señor ministro, y la barra prorrumpe en aplausos.

—Son las 6 y 30 p. m.